

SAN ELOY Y SAN DIONISIO

VALENCIA Y SEINE ET MARNE

En torno a la laudable restauración de unas tablas del «Gremi dels Argenters» y con gratitud para la Junta del Gremio-Colegio de Plateros.

Nuestro excepcional afecto al antiguo recinto ciudadano, el conocer en su diversidad las actividades del Gremio-Colegio de Plateros y el haber podido manejar y releer con facilidad mamotretos, relatos íntimos y valiosos de tal sector artesano valenciano, nos dictan estas notas.

Motivos especiales nos hicieron recorrer distantes tierras, y en ellas, con inaudito gozo, comprobamos la raigambre, existente aún, latente ahora, de estos dos santos, francés uno, griego el otro, en el sector noreste de Francia, tan vinculados a nuestro objeto. Así, nuestro relato aúna arte, tierras y tradiciones.

Si como valencianos nos atraen ciertos lugares franceses, relacionados con el arte de la “argenteria”, y su historia, al recorrer minuciosamente aquéllos, en los que reviven, tan lejos, devociones y afectos enlazados a un quehacer profesional del que siempre nos sentimos partícipes, señalamos en estas líneas los encuentros emocionados vividos a más de mil seiscientos kilómetros de Valencia, redivivos por ese hábito que aúna espíritus.

Meaux es una muy antigua ciudad cercana a París. Impresiona recorrer sus calles empedradas y retorcidas, embalsamadas con ese sabor de su pasado, en las que si en parte se vive al día —comodidades y lujos—, es precisamente porque conservan sin destruirlo ni arrinconarlo, con eficientes museos, lo esplendoroso de todo cuanto selecto erigióse en otro tiempo.

Entre la baraúnda de bellas piezas, encontramos la efigie de San Eligio, que si por los atributos nos recuerda interpretaciones nuestras, mediterráneas, queda efigiado en su exacto y preciso laborar, lleno de mocedad, de pie junto al yunque, martillo en mano, báculo en la diestra y como mostrando su oficio anterior.

Aún es fácil admirar obradores con esa impronta que ni los avances de la técnica ni las modernas costumbres pueden desterrar.

Recorriendo no ha mucho los campos del Marne, comprobamos la conexión que San Dionisio tiene con estos lugares —templos e imágenes— marcados indeleblemente por los siglos.

Es, en verdad, impresionante el gran camposanto, donde cobijan los americanos muertos en la primera gran guerra europea, y ver el verde jugoso de la campiña, que envuelve sus sepulturas señaladas con idénticas y simétricas cruces de mármol blanco, en medio del gran conjunto heroico y solemne en la suave pendiente de una loma, donde tras amplia escalinata de treinta y tres peldaños llégase a una severa capilla de piedra sillar, labrada no mucho ha, aunque de románica traza, en la que su altar y crudos paramentos ostentan nombres, fechas,



La vieja iglesia de San Dionisio en Coulommiers

unidades de todos aquellos cuyos restos yacen aquí en medio de una majestuosa naturaleza en conjunto emotivo y enternecedor: pero para nosotros los valencianos aún es más atrayente la capilla enclavada en las cercanías de la gran batalla —ahora estruendo silencioso, solemne—, porque nos trae a la memoria la lejana Valencia.

Sus tres santos plasmados en las policromas vidrieras son tan conocidos y venerados allí, como por los valencianos: San Luis, cuyo cuerpo posee la Catedral valentina; San Miguel, y San Dionisio (si bien este último sólo rotulando una calle y conmemorando, en su festividad, la liberación de nuestra ciudad por las tropas de Jaime I el Conquistador, ya que es sabido su talla presidía la recientemente derribada ex parroquia de San Miguel y San Dionisio —también por este orden—, allá en el altozano del Tosal).

Mas por si aún no tuviéramos suficientes puntos de contacto, lleguemos ahora a los departamentos de Seine-et-Marne.

Por doquier, sin mencionar París, lugar de la máxima estancia y evangelización de este Obispo, visitemos Coulommiers, cercano a la Ile-de-France. Dedi-



Imagen en madera de San Dionisio, en la Iglesia de Coulommiers

cada a este Santo Obispo, ya en la iglesia parroquial antigua, vense, en los restos de los capiteles del XVI y en parte de las cristalerías policromas, estropeadas por acciones bélicas y por injurias de los elementos climatológicos, al venerable obispo decapitado, deambulando con sus hábitos corales y llevando sobre las manos su testa consagrada y mártir.

Mas veamos ahora la moderna construcción que, si con regusto de la anterior, muestra una estilización más alada y pule la dureza de la piedra que armoniza con el ladrillo, en su sentido más práctico y útil, haciendo penetrar la luz a raudales.

Postrémonos ante su talla de tamaño natural en labrado boj sin decorar, agradable en su factura, de un suave barroquismo de porte admirable.

Por los comienzos de octubre, coincidiendo con su anual conmemoración, celébrase fiesta y feria, pero, ¡qué contraste ofrece su reposado modo de ser con el carácter valenciano!, sin estridencias ni algarabías, con imperioso silencio y cordura amable y respetuosa. Festejos quedos, serenos, reposados, incluso en esas demostraciones de fuegos de artificio sin ningún ruido.

Junto al altar mayor, arquilla gótica, dorada, y en ella, una pieza ósea de gran tamaño del Patrono de los orfebres, ¿cabe más entrañable fusión de estos dos santos también en las márgenes mediterráneas y esencialmente en esta fecha única comúnmente festejada?

Resulta curiosísimo cómo estas ciudades —repiteámoslo— que admiten y elaboran los modernos adelantos, son en su apariencia estampas vivas del pasado.

Si en los alrededores se yerguen edificaciones en consonancia con las comodidades presentes, no destruyen en el centro su especial contextura, su peculiar apariencia, que miman e idealizan como conjuntos imperecederos, que nos traen a la memoria las célebres murallas de Vannes iluminadas durante el período estival, lo que le vale ser “diplômée, prestige de France”, y otras muchísimas cosas, honor y gloria de cuanto legaron los antepasados.

Chateau-Therry, ya en los lindes de Reims, nos hace evocar en sus calles y edificaciones, con sensible y encantador regusto antañón, el tiempo pasado con sus hierros forjados, anunciando comercios y establecimientos y en ellos objetos y recuerdos de los viejos gremios, como el de “orfevres”, con heráldica típica, que refleja en el afectuoso sentir y en la meticulosidad y exactitud de sus cuarteles la bella plasmación.

Todo diverso, exteriormente, pero con afín y aún idéntico quehacer.

Estilos que afloraron ya ha tiempo vuelven a resurgir. Trazas y escuelas en ocasiones fenecidas por superabundancia, no por decadencia, vienen a dar otra fase dentro de su pureza y estilo inimitable y único. Noble arcaísmo, cuidado incluso con delectación, rebuscando con ingenio sutil diversidad de facetas y profusión de logros, y conseguido con espíritu recio y tenaz, que son honor y orgullo de una raza.

Si viene a nuestra imaginación, a veces con tortura y reproche justificadísimos, la mala conservación, no sólo de obras cumbres que a las veces en alocados hechos históricos padecieron o fueron destruidas total o parcialmente, desfigurando o eclipsando su excepcional valer, bien es ya hora de ir reparando y reproduciendo aquello que justifica y enorgullece otras épocas y nobles, perennes actividades, todo aquello que ahora con eficiencia de técnica y destreza nos es llano y hacedero remontar.

En París, Notre-Damme. Y entre aquellas enormes naves, estrechas y elevadas hasta causar verdadero vértigo, vistas desde abajo, volvemos a sentir redivivo el nombre de la “Confraria dels orfevres”, en estos altares crudos de piedra ya muy oscurecida por los tiempos, que en algunas excepciones, pudieron salvar obras pictóricas de grandes dimensiones y de un destacable valor.

Los primeros de mayo —nos referimos concretamente a los finales del XVI— esta “confraria” ofrecía, a la tan venerada y conocida basílica, el rico presente de magnífica obra de arte.

Exactamente no sabemos qué o cuánto se ofrendara, mas, por lo que vimos, bien puede creerse que, aunando religiosidad y un sentido eficaz constructivo de mecenazgo pródigo, espléndido, sería digno del lugar y la ocasión.

Si pocas piezas perduran labradas en metales nobles debe suponerse se erigieran en muy copiosa proporción, pero las más o menos recientes peripecias bélicas habrán en buena parte mermado el caudal existente.

Mas volvamos a extasiarnos ante estos grandes lienzos, de unos cuatro metros aproximados de tamaño, que enriquecen varias capillas del lado de la Epístola de esta inmensa obra pétreo basilical de Notre-Damme.

Algunos nombres nos recuerdan erecciones parroquiales valencianas, tan unidas en sus devociones con las de aquí en el corazón de la Francia. “Martirio de San Esteban”, por Claudio Le-Brun; “Martirio de San Andrés”, asimismo por Le-Brun, “Flagelación de San Pablo y San Sylas”, de Testelin; “Natividad”, de Jerónimo Frank y en la Capilla del Sagrado Corazón, “San Bernardino de Siena”, de Louis Carrache...

Contemplando estas piezas, casi únicas obras pictóricas hoy existentes en el inmenso conjunto arquitectónico, creímos sopesar el eficiente caudal ofrendado, no quizá en opulentas épocas, de propicias circunstancias, para plasmar en costosos estipendios aquello que fuese de más relumbrón, sino en toda ocasión y quizás, a veces, en las más adversas.

“Les disciples de Saint Eloi”. Plateros de Coulommiers. El alegre banquete de San Eloy. Así se intitula el ágape que los “discípulos de San Eloy” ofrecen todos los años, en el que se reúnen, junto con todos ellos, autoridades y diversos sectores mercantiles de esta ciudad, enclavada en el departamento del Seine-et-Marne, también renombrada por su fabricación de orfebrería y cubertería.

Buena ocasión para, no sólo reunirse y brindar al final como sólo lo saben hacer por esta tierra, sino también para entablar comentarios y razonamientos sobre los nuevos progresos artísticos y aleatorios, si bien a pesar de los grandes avances técnicos y disponibilidades hay que convenir en esta única razón: la supremacía secular del áureo metal.

Y aquí debemos resaltar el ambiente que, envolviendo esas actividades, va jalonando no solo cuanto de instantánea floración puede convertir en alegre y espontáneo el festejo, sino el continuado y gozoso laborar, y ese avance que los tiempos siguen forjando, obligando a interesarse por nuevas técnicas y adelantos. Todo esto sin dejar este jocoso de “les chanteurs et les conteurs divertissant la joyeuse assistance”.

Sean estas notas convencimiento de que el buen laborar y el sentir tradicional dejan a salvo, pese a los diversos avatares actuales, a estas instituciones seculares que nos dieron su savia.

Valencia: Unas tablas dadas por desaparecidas desde aquellos tiempos difíciles de 1936 vuelven, con el esplendor inicial, a venerarse.

Del antiguo emplazamiento en el propio altar de San Eloy —laterales que valorizaban, a ambos, en la iglesia de Santa Catalina—, todo de mármol en diversas coloraciones, sólo le queda la sillar piedra en las horas presentes. Pero vemos cómo en Valencia, tan distante de aquellos lugares, se vive un entrañable

aspecto de la convivencia entre los mismos individuos profesionales de determinado quehacer, manteniendo una verdadera hermandad. Es la continuidad del espíritu fraternal, dado y vivido por aquellos antecesores de autóctono y, al mismo tiempo, universal sentir, enraizado en nobles principios cristianos.

Un ruego y una enhorabuena. Dirigida al restaurador, ésta, y a la Junta de Fiestas, ambos: que no se interrumpa este laborar por el Gremio-Colegio. No ya sólo en casos como éstos. Más bien erigiendo, entre las técnicas presentes, piezas que, producidas, pregonen a nuestros sucesores la importancia del arte actual, no descuidando lo antiguo y depurando lo peculiar de ahora.



Tablas de San Eloy, del Gremio de Plateros de Valencia (en la Iglesia de San Martín)

Y a ambos la enhorabuena; al excelente restaurador, peritísimo y entendido en estas arduas obras, Ernesto Campos, por su inimitable grado de similitud con el original, al que identificamos como fiel colaborador del "Mestre Macip" —ahora a ambos lados del presbiterio de la capilla eucarística de San Martín—, y a la junta, que aporta sacrificios económicos y desvelos artísticos, los cuales ya cosechan su bien rotundo cúmulo de satisfacciones y bienandanzas.

Claudette B. Gaboyard de Llop